

punto

de PARTIDA



# Para hacer un cuento...

Bruno Aceves Humana

Una invitación cruel a un mundo imaginario

Facultad de Filosofía y Letras

Para hacer un cuento, lo primero que se necesita es por lo menos un personaje. Por ejemplo, una abuelita que puede estar tremendamente aburrida pero con discreción, sin demostrarlo; el equipo básico —según se lo permita la artritis—

de la adorable ancianita, puede consistir en un par de ganchos, una buena madeja de estambre amarillo y otra de color rojo encendido; una de dos: o *La Abue* tiene proveedores de muy grandes madejas, o en franca hipocresía se hace la mensa durante todo el cuento, porque el fin de las madejas debe determinar el fin del relato. Dijimos rojo y amarillo simple y solamente por la sonoridad de las palabras que designan dichos colores, ya que somos daltónicos y nos tienen sin cuidado las visitas que hagan a México los reyes de España.

Es indispensable que tenga, diremos por qué en su momento, no un cuerpaceo sino un cuerpote, aún más vistoso gracias a la joroba y los vestidos de una pieza, colores oscuros, y materiales fácilmente ionizables con algún movimiento de caderas o fricción de cualquier tipo. Ahora tenemos que imaginarnos un rostro, pero sin querer meter nuestra sucia y negra mano para no ponerle esas nalgotas y esa artritis a Juan Pablo el Papa quien ya tiene lo suyo; que su mucho pelo sea más bien parte borrosa de un recuerdo y el resto, el que sí tiene, que sea canoso,



ondulado, simulando la forma adquirida por la bandera del zócalo capitalino en un día de poco viento, y todo porque ella sí se peina; y es que *La Abue* le pone mucho *énfasis* a su peinado gracias a unas cositas azules y cilíndricas de plástico que un día compró cuando fue a visitar el *país de los gringos hijos de puta*; pero aquí es menester hacer una aclaración: no se trata de un cuidado cualquiera, sino de aquel *énfasis* sólo comparable al que la real academia de la lengua española le pone a la primer sílaba de la palabra que expresa el interés de *La Abue* por verse decente: por eso es que ella se ve tan bonita, pulcra y cuidada. Lo referente a los gringos, aunque parezca, no es gratuito: como latinoamericanos que somos, junto con nunca escribir cosas del tipo de *In god we trust*, *estropear* o *jilipollas*, será parte de nuestra *poética* o linea-



mientos literarios el poner, siempre, la frase *hijos de puta* acompañando a la palabra *gringos*.

Sigamos con nuestro personaje: Ojos grandes, hinchados por haber nacido en la ciudad de México, e hinchados por haber vivido durante ochenta años en la ciudad en donde se nace respirando plomo, oxígeno y otras cosas, y por culpa de la ya mencionada joroba, aquella (aquí sería conveniente encontrar un sinónimo) culpable de que al caminar su rostro quede justo a la altura de los escapes de todos los camiones, incluidos los de la basura; ojos con —también— irritadas bolsas. Compleción, pues, regordeta para acentuar su imagen de simpática y de ecologista incapaz de matar a una mosca aunque esté viva: así no será necesario que la pongamos a sonreír a cada rato, arriesgándonos a que se

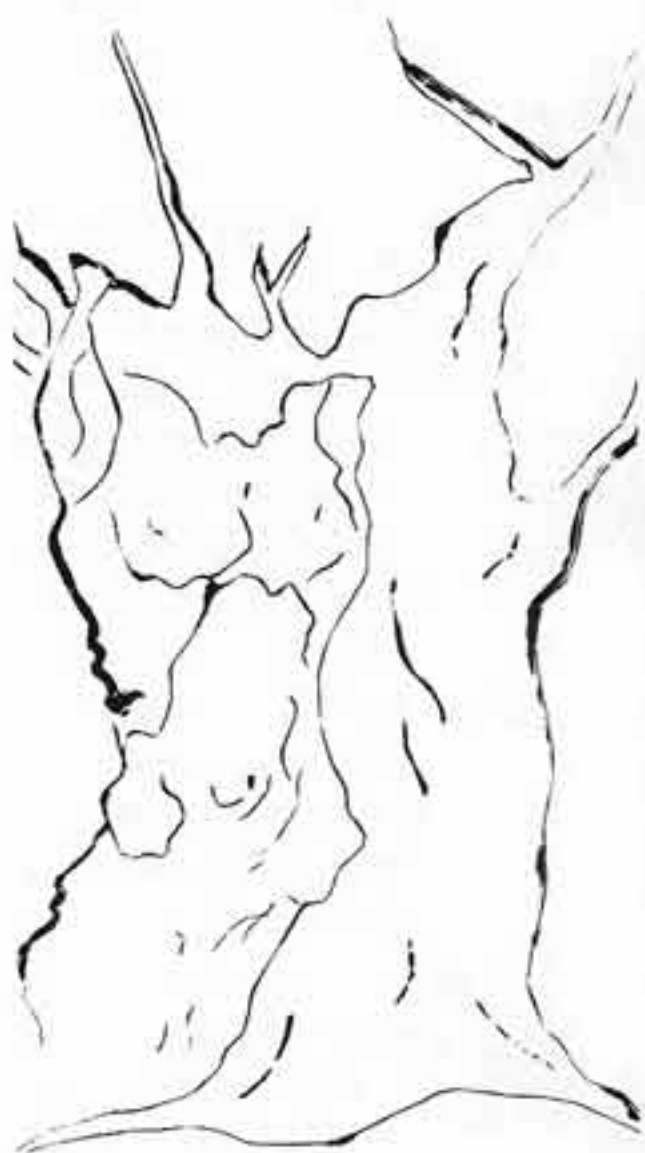


le queden las quijadas trabadas, porque ¿quién sabe? en una de esas nos sale con que se cree *gringa hija de puta* y nos pone una demandota. Sería desastroso porque nosotros nos enojariamos y nos iríamos de aquí inmediatamente sin siquiera terminar el cuento. Que su boca sea pequeña y ligeramente desdentada; si recordamos que el humano tiene ocho dientes *incisivos*, cuatro *caninos*, ocho *premolares* y doce *molares* en total, nada le va a pasar a *La Abue* si en consideración a su edad le quitamos sólo dos de los ocho incisivos para dejarle una boca digna de los treinta y dos, entonces, le quedan... tres (uno incisivo y dos caninos) porque también nos acordamos de que un día, por ahí de los años sesenta y cerca de Bellas Artes, se cayó en una zanja en la que quedaron (hoy parte básica de los



cimientos de algún estacionamiento) sus otros veintisiete dientes enterrados: esto lo diremos sin esconder cierta alegría porque siempre hemos pensado y dicho que usar fondo, collares enormes, huaraches con calcetas, goggles y zancos, es una reverenda tontería y gentes como ella jamás nos han hecho el mínimo caso.

Regresando al rostro, será necesario que esos tres preciados dientes los protejamos con un par de labios delgadititos y morados para que el lector crea, prejuicioso, que la dulce viejita tiene cierto aire de maldita pero que su muerte está a punto de llegar. Este asunto requiere delicadeza: *ella* va a morir sólo si Dios quiere, por lo que aquí se desenrolla como tapete un rojo y acolchonado nexo entre el lector y Nuestro Señor en el que el primero, iluso, cree en la existencia del segundo, y éste cree que el primero también es capaz de desear una muerte. No hay que exagerar con este efecto porque su importancia aparente de



ningún modo debe superar lo obvio: por ello tenemos que descartar la brillante idea de ponerle algodón dentro de la boca, cerrarle los ojos y colocarle, una sobre la otra, las dos manitas a la altura del esternón; de buen gusto será dejar que a pesar de su simpatía rechoncha se entrevean filosos los huesos de los pómulos o *huesos molares* que anuncian el paso del tiempo. El mismo tratamiento deberá recibir la nariz: suficientemente filosa para acentuar su perfil griego que, por cierto, es de lo más recomendable para personas mayores de sesenta años con un profundo, arraigado, e incluso bochornoso sentido de maternidad; ahora: si lo que queremos es darle un toque autobiográfico, basta que le desviemos ligeramente el tabique de la nariz hacia la izquierda, y la pongamos a usar lentes desde los trece años, convencida desde entonces de que le dan un aire interesante; por ahora, dejaremos de lado los frenos de caballo o cuando mucho mencionaremos que siempre quiso usarlos junto con los lentes y un yeso en la pierna, pero que jamás se le hizo realidad su sueño; si así lo decidimos, con esto daremos a entender que durante su infancia, como todos, tenía un gran deseo por diferenciarse del resto de los escuincles de la clase media pero exactamente la misma imaginación que todo México, y es que decir que siempre quiso ser Bombera o la mejor amiga de los delfines y resulta ser un *lugar común* y evitarlos a toda costa o a costa de ser payasos que lo es todo, constituye el prin-

cipal deber del *creador* que, entre muchas otras cosas, se diferencia del *Creador* con mayúscula precisamente por la altura de la letra inicial; con esto se establece otro nexo, pero esta vez entre el lector y el creador con minúscula aunque se diga que El Grandulón está en todas partes: seguramente el lector dedujo la diferencia entre *Creador* y *creador* de manera automática, por lo que se llegó a dicho juicio simultáneamente con la lectura y se alegra de no ser el único loco; si no dedujo la diferencia, será porque supone en nosotros una formación filosófica guión teológica que no tenemos, y por lo menos estará tan sorprendido como *La Abue* cuando ve que su hijo ignora cómo hacer el santo signo de la cruz.

Para dar una idea del pispireto espíritu propio de una dama que rebasa los ochenta años, podemos decir



que en la actualidad, aparte de las dos madejas de estambre y los partidos de las Chivas, todas sus neuronas se concentran y trabajan por adelantado el sublime instante en que mediante una costosa cirugía plástica en la que se hace un corte de las cuatro costillas flotantes, su cintura vuelva a ser la de una avispa, pero... ¿dónde quedaría nuestra imagen de verdaderos artistas si por un momento olvidamos el bási-



co principio de los finales tristes? Así que nones: a los ochenta y tres años, *La Abue* se queda amargada para el resto de su larga y tejedora vida porque no tiene un quinto en el monedero y ni un quinto se interesa por ella, aparte de que el inútil de su hijo

es un haragán que no hace nada productivo por más que se llame Jaime; para darle un tinte más desastroso podremos añadir que la resignada de su hija, que no gana tanto de la costura, lavado y planchado ajeno, ha perdido dos hijos quizá por pequeñitos, tiene hemorroides y está convencida de que lo único que le falta es tener cáncer en la próstata: otro *lugar común*, pero aceptado todavía por su carga fatal, emotiva e imaginativa, de esto no hay duda, pero un tanto estúpido ya que estaríamos olvidando tres hechos ineludibles: uno, la clase media puede estar amolada, pero lavar y planchar ajeno es algo que muy difícilmente pasa por su cabeza; dos, *Abue* no tiene hijas, y tres, las hijas de nadie tienen próstata.

Así que la *Abue* teje. Despacio en ocasiones, y muy despacio en otras debido a la gran tristeza y desesperación... de Jaime; el pobre, desolado, sólo encuentra consuelo en la más fiel de las botellas, las de Don Pedro que desde hace tiempo siente también tan suyas; vencido por el fatalismo que respira cuando no está fumando, se ve obligado a opinar estruendosamente y a horcajadas sobre las madejas: después de más o menos una hora y media si la brisa es suave, es imposible que cualquier *Abue* sea capaz de despegarlas de un solo jalón: por eso batalla tanto. Probablemente el lector a estas alturas esté dispuesto a preparar rápido una picosa sopa de médula para aligerarle el trance crudáceo al pobre diablo que confía en un sádico como Don Pedro —claro—, bajo la suposición de que exista un lector: tenemos un problema. Este tema es delicado; aunque estemos seguros de que su existencia es un mito, debemos partir de la ficción, aceptar de buena gana la farsa o convención haciendo de cuenta que los lectores existen y los tocamos y nos dan palmaditas en la espalda, lápiz y papel para firmar cálidas dedicatorias,



y abundante comida, aparte de zapatos y otras cosas; para decirlo en pocas palabras: alicientes en su sentido más amplio (que implica sustento y fines de semana libres en el campo).

Una vez superada esta etapa, debemos dar un difícil segundo paso: decidir cuál es nuestro paradigma de lector o a quién queremos dirigirnos, para lo cual es imperioso tener un conocimiento amplio de la especie humana viva que nos rodea; tenemos familiares, niños, amigos, adolescentes, y una masa de gente que nos es absolutamente ajena aunque creamos conocer su esencia como integrantes de una sociedad. Olvidemos a nuestros padres y amigos, porque distan mucho de ser críticos y cualquier tontería les dice algo; también a los niños, cuyo amor incondicional hacia la televisión nos deja en

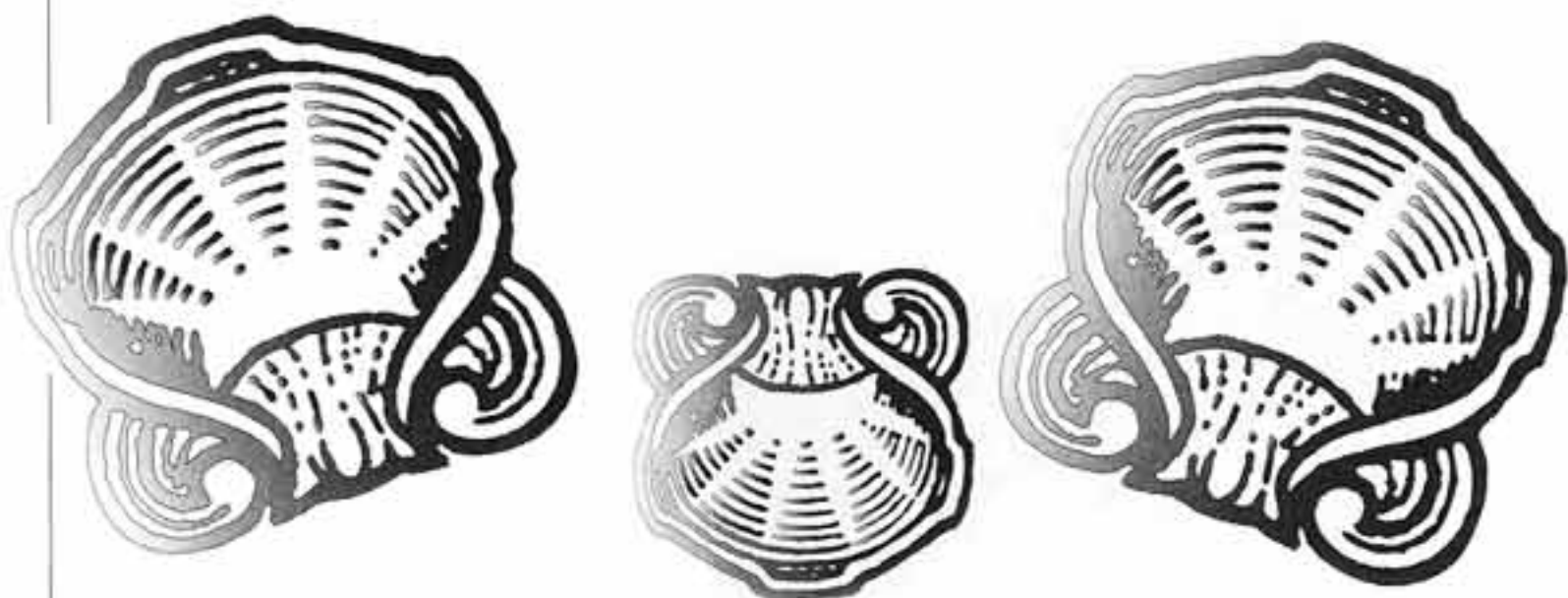


franca desventaja; los adolescentes tienen barro en qué pensar y es preferible dejarlos disfrutar su desdicha; a la masa esa que tanto tema nos da para hablar, también dejémosla de lado porque finalmente para nosotros no significa nada, para ella nosotros tenemos el mismo valor, y en todo caso somos parte de ella, la parte que más nos interesa. Si descartamos a todos los anteriores, el lector dirá que también es válido escribir para nosotros mismos: estoy completamente de acuerdo, no se diga más, y pasemos al siguiente párrafo.

Pero nosotros teníamos un cuento que hacer. Lo más importante es que sepamos de antemano dónde va a parar nuestra historia. Intentar —dirá el lector— saber *Dónde va a parar nuestra historia* es meter la cabeza en un barril lleno de

mierda y —tarareando *Dos Gardenias* de Daniel Santos— echarse un volado: seguramente lo perdemos o por lo menos eso nos dirán porque seremos capaces de ver por nuestros propios ojos, ojos que no tienen la culpa ni el *clínex* y por lo mismo se mantendrán llenos de asqueroso desecho. Nuestra historia pinta negra; de seguir así las cosas, nuestra gran urbe se pintará de azul, y nos alejaremos de Cuauhtémoc sin saber de qué se ríe; no podremos salir después de las diez de la noche; confundiremos, metiéndonos en líos tremendos e incluso duelos de honor, a las meseras del Vips con las prostitutas cuando estas pobres no tienen la culpa porque lo único que hacen es ganarse la vida. No. No hablamos, se entiende,

del *fin de la historia* en un sentido amplio sino del final de nuestro relato,



aunque también se entiende que *no hablamos*, pero eso ciertamente es *otro cuento*. Haciendo alarde de sinceridad, reconozco que resulta difícil saber el final cuando aún no conocemos el inicio: es ampliamente recomendable que el creador con minúscula pero mucha honra sepa tanto el inicio como el final, de manera que no existan en su texto elementos volátiles u ociosos; dicho de otra manera, es imposible que para adornar su recámara, coloquemos en el tocador de *La Abue* un enorme y gris balón de *básquet* porque, aunque no sea contradictorio con la teoría de nuestro daltonismo, sí lo es con la de la afición desmedida de *La Abue* por las Chivas: en su lugar podremos poner un balón de *sóquer* o unos tacos Adidas o de suadero: óptima decisión, ya que la comida no sabe de enemistades y el suadero es lo suficientemente suave como para ser triturado entre comillas por tres dientes sin ahogarse demasiado (seguido).

Mientras nosotros decidimos cuántas veces ha de ahogarse el día, ella se nos adelanta con el cuarto atragante y ha seguido tejiendo. Ya terminó, porque lo que sea de cada quien sí es veloz, un hermoso chal dejando apenas unos gramos de estambre. Diremos "*qué bonito*", utilizando la misma palabra y con

la misma nula sinceridad de *La Abue* que lee nuestro cuento y que, por supuesto, no es de su agrado: con esto tomaremos, por aquello de la duda, vengativa ventaja o *venganza anticipada* ya que aún no terminamos el cuento. (Aquí entre paréntesis, cualquiera diría que este concepto no existe, que es contradictorio ya que la gente se venga sólo después de haber sido agredida; pues existe e incluso tiene un lugar y un nombre legal: matar *en defensa propia* es vengarse anticipadamente.) Así que visto lo anterior... la matamos por hipócrita y maldita; "*ni modo matú te lo buscaste y Dios así lo quiso*" ...tomamos su chal, sacudimos un rato la mecedora obligándola a cedernos el lugar, de una sola mordida nos comemos el taco de suadero sin (esto subrayado) ahogarnos, y cuando el narrador de la tele diga "*se acabó: dio el silbatazo final*", festejaremos el triunfo de las Águilas. Quedaremos pensativos; meciéndonos lentamente, imaginamos un poco preocupados lo que pasará por la mente del lector, y por ello aclaramos que en la vida real ni de lejos hemos pensado o deseado matar a la creadora de nuestros días: la prueba está en que, por más cariño que le tengamos, en ningún momento hemos cometido incesto con nuestro padre ☉